

do Alas, sin ninguna máscara lo explicó en el prólogo de *Cuentos morales*. Por una parte, la preocupación por el pensamiento, el sentimiento y la voluntad del hombre interior –el hombre entendido como realidad moral–, y por otra, «la sinceridad que me hace dejar traslucir en casi todas mis invenciones otra idea capital, que hoy me *llena más* el alma (más y mejor ¡parece mentira!) que el amor de la mujer me llenó nunca. Esta idea es la del Bien unida a la palabra que le da vida y calor: Dios»<sup>39</sup>.

Predicar la idealidad, la verdadera actitud moral ante la vida, la que emana del bien, conlleva necesariamente la virtud de *humanidad* o de *filantropía*. En el texto que quizás tenga mayor relevancia doctrinal dentro del período de madurez de Alas, el discurso inaugural del curso universitario ovetense de 1891-92, que vio la luz como su octavo «Folleto literario», y cuyo tema es la crítica del utilitarismo como ideario pedagógico y del egoísmo como falsa actitud moral, *Clarín* medita desde la idea de la muerte y desde sus enseñanzas, convencido de que quien vive y se sacrifica, quien practica la filantropía, sabe que ha de morir «y que para él la vida con la idea de la muerte toma perspectivas ideales»<sup>40</sup>, engendrando el desinterés, los sentimientos humanitarios, la idealidad. Sólo desde la idea de la muerte tiene racionalidad la vida, vivida según el deber moral, tanto en la dimensión de vivir para el alma como en su proyección en los demás quehaceres. La vida racionalmente vivida no puede ser otra que la que se vive desde la figuración de la muerte, que alimenta tanto el deber moral como la bondad, según lo expone en otro texto capital, «La leyenda de oro»: «En el mundo no ha vivido racionalmente nadie más que los buenos. Todos los demás, genios, conquistadores, sabios, poderosos, si no han ajustado su conducta a la ley del deber como pensamiento capital, constante, han vivido como locos»<sup>41</sup>.

Al margen del proyecto de enseñanza idealista que contiene el «Folleto literario» de 1891, que se asienta sobre el cultivo de las humanidades –que ofrecen grandeza desinteresada y ayudan a pensar–, hay en *Un discurso* un hilo conductor de estirpe kantiana, pragmatizada en el ideal krausista, según el cual el obrar desinteresado, el amor del bien o del deber, repudia el egoísmo, tanto el individual como el social (que *Clarín* denomina «nacional»), y cuyo sumatorio constituye una idea capital del utilitarismo

<sup>39</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «Prólogo», *Cuentos morales*, p. VII.

<sup>40</sup> Leopoldo Alas «Clarín», *Un discurso*. Folletos literarios, VIII, Madrid, Fernando Fe, 1891, p. 55.

<sup>41</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «La leyenda de oro» (*La Ilustración Española y Americana*, 30-I-1897), Siglo pasado, Madrid, Antonio López, 1901, p. 93.

pedagógico. Sin propugnar la renuncia al patriotismo, que puede ser tan sólo un egoísmo disfrazado de altruismo nacional, Alas propone, en cambio, una escala de valores regida por la racionalidad, el deber y el bien: «Sólo diciendo: primero la idea, Dios; después la humanidad, después la patria, yo lo último, hay autoridad racional para sujetar al egoísmo natural, verdadero, al más terrible, al más cierto, al de la bestia ángel de Pascal»<sup>42</sup>.

A otra luz, *Clarín* cree que el utilitarismo con sus raíces egoístas es la línea medular de la ética del positivismo filosófico. En el dominio de la conducta social y sus aplicaciones, el utilitarismo como correlato del positivismo es una concepción antimetafísica, que niega la realidad que no sea la experimentable y que queda clausurado en un empirismo ético que solamente se propone la hegemonía de lo material. Convencido de que la vida no «es para la utilidad empíricamente considerada, fuera de toda finalidad metafísica», *Clarín* se decanta en la etapa finisecular por el debate puro, desinteresado. *Clarín* se inclina a la metafísica, no porque en ella esté la curación de todos los males, sino porque sin su apoyo la idealidad se menoscaba, se empequeñece y carecen de sentido todas las necesidades racionales. Partícipe del «espíritu nuevo», de la sed de metafísica, de la dialéctica religiosa entre la razón y el misterio, Alas afirma continuamente la necesidad vital que tiene el hombre de idealidad. Si en *Un discurso* (1891) sostiene que «no lo dudemos: el individuo no vive de utilitarismo; el individuo cree, o padece dudando, o se desespera y niega, o niega sin dolor, por enfermedad del espíritu, o por esfuerzo moral que puede tener su misteriosa grandeza, su idealidad, *negativa*, pero no menos idealidad»<sup>43</sup>, en la segunda de las *Cartas a Hamlet* (1896) ilumina la cara metodológica del «espíritu nuevo»: «El espíritu nuevo (en las puras regiones de la reflexión filosófica) no consiste en pretender haber descubierto que se puede saber lo que *tampoco el positivismo sabía si se puede saber o no*. Lo que el espíritu nuevo cree haber descubierto es que no se puede vivir bien sin pensar en eso. Lo metafísico es, por lo menos, un postulado práctico de la necesidad racional»<sup>44</sup>.

Sumergido en las contingencias de la realidad, apelando a una educación que sea alimento para el porvenir que no ha de ver, Alas con el equipaje intelectual aprendido en Renan, Carlyle y Tolstoi, acomodado en la columna vertebral del pensamiento krausista español, aspira, en el fin de siglo, a una renovación religiosa de la vida del alma que desemboque en lo otro, en la fra-

<sup>42</sup> Leopoldo Alas «Clarín», *Un discurso*. Folletos literarios, VIII, p. 52.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 58.

<sup>44</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «*Cartas a Hamlet*» (*La Ilustración Española y Americana*, 9-IV-1896), Siglo Pasado, p. 172.

ternidad racionalmente entendida; es decir, en la existencia de un padre, de un Dios. Quiere agotar el campo de lo posible, «penetrar en el misterio para saber su destino, porque teme y quiere esperar ser feliz»<sup>45</sup>, según dice el personaje (¡tan autobiográfico!) de su diálogo *Jorge*, publicado en *Siglo pasado*.

Desde esta arquitectura filosófica y moral se entiende el voto de Pablo Leal, el personaje central del cuento *Un voto* (1897) y la actitud del coprotagonista del cuento *Para vicios*, que vio la luz en *Cuentos morales*. Me detengo muy brevemente en ambos ejemplos. En la narración de 1897, Pablo Leal hace un voto por el que ofrece a cambio de la salvación de su hijo enfermo, el naufragio del drama que está a punto de estrenar: «Prometo recibir la silba con toda la serenidad que pueda, pensando en cosas más altas, de piedad, de caridad, de filosofía...»<sup>46</sup>. En el segundo ejemplo, en una ignominada ciudad de provincias el narrador presenta a dos personajes anti-téticos. Doña Indalecia, viuda de sesenta años y ferviente beata, organiza la caridad: «amaba los organismos caritativos mucho más que la caridad». Frente a ella, el director de la Biblioteca Provincial, un vejete muy distraído, don Pantaleón Bonilla, que practica la caridad desinteresada. Doña Indalecia, que actúa como policía de la caridad le acusa de corromper a la sociedad y de subvencionar el vicio, y le convence para que se enmiende: «cada cual a lo suyo; ustedes a su caridad, yo a mis libros, cada cual a su vocación, asiente Bonilla». No obstante, poco dura la enmienda. Don Pantaleón vuelve a las andadas de protector de pordioseros, mujeres harapientas y pilluelos descalzos. Acusado de nuevo de «demagogo de las limosnas», Bonilla se justifica desde el pensamiento de Alas. Manejando el criterio de moralidad y convencido de que hay que ser bueno, quiere volver a ser «la calderilla de la filantropía» y «creer que no me condeno». El humorismo del final del cuento no torna opaca la lección de la luz del deber moral como única conducta posible ni la enseñanza de la idealidad pragmatizada en el sentimiento humanitario de la compasión y de la caridad:

«Y Bonilla [...] empezó a echar calderilla a puñados, como el labrador que siembra y arroja el grano sin responder, más que con la esperanza, de la simiente que fructifica... Y según soltaba perros chicos y grandes, iba diciendo don Pantaleón:

–Ea, ea... tomad... para vicios... para vicios...»<sup>47</sup>.

<sup>45</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «Jorge» («La Ilustración Española y Americana», 22-VIII-1899), *Siglo pasado*, p. 86.

<sup>46</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «Un voto» («Almanaque de La Ilustración Española y Americana», 1898), *El gallo de Sócrates*, p. 75.

<sup>47</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «Para vicios», *Cuentos morales*, pp. 97-104.

Desde el único cielo posible, desde la conciencia y los deberes que son el sustento de la idealidad, Alas y sus personajes finiseculares, Jorge Arial, el doctor Glauben, Pablo Leal o Emilio Serrano (el protagonista de la narración «Aprehensiones» de *El gallo de Sócrates*) nos ofrecen diversas facetas de «la gran pasión de la idealidad moderna»<sup>48</sup>, marbete que emplea el propio *Clarín* en «Cartas a Hamlet» para denominar la órbita intelectual –la necesidad racional de la metafísica– por la que viaja su pensamiento o su íntimo monólogo desdoblado en diversas formas literarias, que dejan al descubierto su continuada guerra de guerrillas de moralista –«entre un sistema (que no sea el de la absoluta certeza) y una filosofía... de guerrillas, es acaso preferible esta última, desde el punto de la independencia personal»<sup>49</sup>–, sus ansias de idealidad, y la predicación del sacrificio, la caridad y la fraternidad como metonimias del deber moral. Sin duda, Leopoldo Alas en el fin de siglo podía hacer suyo el verso de Píndaro con el que Albert Camus abría en 1942 *El mito de Sísifo*: «Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible». Era el evangelio de su conducta.

<sup>48</sup> Leopoldo Alas «Clarín», «Cartas a Hamlet», Siglo Pasado, p. 172.

<sup>49</sup> Ibidem, pp. 156-157.